

San José, Costa Rica

1925

Lunes 5 de Octubre

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA



SUMARIO: *Los países del Plata*, por Alberto Gerchunoff.—*La América Latina*, por Leopoldo Lugones.—*El Ministro organizador de la abundancia*, por Horacio Quiroga.—*La cueva de la raposa*, por Alberto Masferrer.—*Del árbol caído...*, por A. H. Pallais.—*El partido político que hace falta*, por Luis Araquistain.—*William J. Bryan*, por José Carlos Mariátegui.—*René Quinton*, por B. Sanín Cano.—*Sonetos*, por Arturo Torres Rioseco.—*Tablero*.—*Oshidori*, por Lafcadio Hearn.—*En la orilla*, por Pedro Henríquez Ureña.—*La política*, por Ricardo Sáenz Hayes.—*La Edad de Oro*.—*Con los autores*, por gm.

Los países del Plata

Por

ALBERTO GERCHUNOFF

CADA VEZ que una República de América celebra un hecho cardinal de su historia, se advierte en la adhesión de los pueblos vecinos, un movimiento de simpatía que rebalsa los límites del protocolarismo oficial y cobra el aspecto de algo más significativo, de algo más hondo y que viene de la raíz misma de la colectividad. Las fiestas de Chile, las fiestas del Brasil, del Perú, de Bolivia, tuvieron entre nosotros la repercusión de un acontecimiento familiar. En nuestras escuelas, los maestros explicaron, con espíritu de sencilla cordialidad, el origen y el carácter de esos sucesos, y en actos en que se notaba la vibración popular, el homenaje argentino reflejaba en su amplitud un regocijo íntimo. Ello nos revela que el viejo sentido de la hermandad americana, sin limitación de idiomas o de diferenciaciones raciales, subsiste y se vigoriza en la conciencia continental. El florecimiento aislado de las patrias distintas no se opone al arraigo reflexivo de la amplia concepción humana con que se fueron perfilando en su lento proceso histórico las entidades nacionales de América. Aquel idealismo que en los días penosos del génesis dió unidad en la acción a los grupos embrionarios de las nacionalidades, les da hoy, con una visión todavía más definida del futuro, una fisonomía moral igualmente precisa. Y es un fenómeno que ha de provocar el sereno interés de los que meditan sobre las cosas actuales y saben deducir de la trama compleja de los acontecimientos una tesis que vaya más allá de lo que es inmediatamente visible. Esas pruebas de convivencia tranquila de Naciones contrastan, desde luego, con la crisis aparente, es decir, momentánea, en que se encuentran las ideas que ofrecieron, en el curso del siglo XIX,

la seguridad de su dominio expansivo. La Europa, que ha contradicho esas ideas, que, sin embargo, las ha forjado trabajosamente con su filosofía, con la conducta de sus hombres mejores, y que las convirtió en un impulso de sus actividades democráticas, se empeña ahora en desvirtuarlas con una antítesis supina. Ha esbozado en la práctica de su agitación diaria un antihumanitarismo que se sumerge en la negación. Sabemos que eso no será duradero porque la historia no es pesimista. La historia, que es la realidad sucesiva, confirma, a pesar de los que la hacen, el sueño de los que creen en la fatalidad benévola del destino humano y el valor de América consiste precisamente en la fuerza cohesiva de esa credulidad. Es así como honra el espíritu de la civilización europea, aunque intente reproducir sus defectos y se ensaye, a veces, en el traslado ingenuo de lo que allí es el vestigio de sedimentos antiguos y tiene su germen en causas lejanas que aquí no logramos comprender sin esfuerzo. América es fiel a los principios que le comunicaron un alma común y realiza gradualmente esas aspiraciones generosas. Es una continuación de la buena Europa que hemos aprendido a amar en sus concreciones más bellas y de las que no abdicaremos, por nosotros, los americanos, y por los europeos.

Ha de tener, pues, para el que contempla el panorama de la actualidad, la firme consistencia del espíritu americano la significación de un contraste fortificador. ¿Cuál es la base de ese espíritu? No reposa, desde luego, en

un cimiento ostensible, en uno de esos pilares ficticios que se consideran sólidos porque son en el instante lo que se estima útil, como lo es un convenio o una alianza. Reposo en un sentimiento, esto es, en una ilusión que lleva en sí la potencia distante de lo que será, que no se aísla en una demostración, que no se cifra en la materialidad de la prueba. Pero su expresión es, no obstante eso, evidente y los que se desvelan por descubrir en la vida de relación de las Naciones el oculto y permanente fondo de egoísmo y las líneas generadoras de la agresión y de la hostilidad, tienen que reconocer que esos fermentos se esconden, cuando menos, en los grupos americanos y únicamente aparece en la superficie colectiva el deseo de esa armonía que se profesa públicamente y representa ya una tradición secular. No es prudente, nos dicen, creer en el derecho internacional, poner la fe en una política sistemática de concordia, de colaboración, de compenetración. En efecto, esa teoría negativa se funda en la experiencia de los pueblos inavenibles de Europa, y, en cambio, en América, existe una experiencia diferente. Las Repúblicas americanas han recurrido pocas veces a la fuerza después de su organización; las veces en que se han apartado de la prudencia conciliadora lo han pagado con el arrepentimiento, y aun en la agria separación nacida de esos conflictos del pasado se percibe un matiz espiritual, un tono psicológico que se aleja del encono casi imborrable que individualiza a los Estados nutridores de la cultura. Es así como se ha transformado en América el arbitramento de la justicia, de la noción del derecho, en un método y es por ello que estos pueblos se sienten, por encima de los oscurecimientos tran-